

EL CASCAVEL



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Año XXI

1891

REDACTORES

Bustillo (D. Eduardo).	Pérez Zúñiga (D. Juan).
Cávia (D. Mariano de).	Sierra (D. Eusebio).
Jackson Veyan (D. José).	Taboada (D. Luis).
López Silva (D. José).	Torromé (D. Rafael).
París (D. Luis).	Yráyzo (D. Fiacro).
Paso (D. Manuel).	

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).	González (D. Melitón).
Cilla (D. Ramón).	Sáenz Hermúa (D. Eduar- do) (<i>Mecachis</i>).
Escaler (D. Ramón).	

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



EL CASCABEL re-
sucita de entre los
muertos, no al ter-
cer día, pero sí al tercer lustro.

Si se descuida echa una siesta más larga que la del Marqués de Villena en su redoma; pero ha vuelto en sí, obediente al conjuro de una empresa que tiene el noble propósito de hacer que reverdezcan los laureles ganados en otro tiempo por Frontaura, y aquí tienen Vds. de nuevo á EL CASCABEL agitándose y sonando «en el estadio de la prensa».

Ignoro si hacía ó no hacía falta que volviera el susodicho CASCABEL al susodicho estadio. Eso, el público lo dirá. ¿Que compra este periódico? Pues bendigamos semejante voto en pro, como bendecirán los Sres. Cánovas y Silvela los de la «compacta mayoría» con que acaban de obsequiarse á sí mismos. ¿Que no compra este periódico ni siquiera el Sr. D. Arturo de Marcoartú, el hombre que desde más *lueñes* edades viene cultivando la prensa? Pues maldigamos semejante voto en contra, y retirémonos humildemente, no por el foro, sino por el forro, sin perjuicio de echar la culpa al compañero Martínez Campos, ó al General Iglesias, esos dos *polos* (sin Bernabé, pero con leche) del actual estado de cosas.

Lo que me consta—sea ó no sea necesaria la reaparición de EL CASCABEL—es que si su reaparición responde al loable fin de ponerle el cascabel al gato, yo me llamo Gamazo, digo Andana.

¡Ah, señores!...

(Ya sé que ese apóstrofe es de Fabié, pero desde el momento en que Cánovas hace á Fabié

Ministro suyo, bien puedo yo hacerle colaborador mío.)

¡Ah, señores!... Poner el cascabel al gato era mucho cuento hace cien años y pico; era muy *fin de siglo*, como decimos ahora, pero aquel siglo que finalizaba era el siglo XVIII—salvo mejor parecer—y el que concluye ahora es el siglo XIX, aunque los conservadores harán todo lo posible por prolongar la situación.

¿Creen Vds. que si resucitara don Félix María de Samaniego, no refundiría su fábula *El congreso de los ratones*?

Yo mismo, que no tengo para tal empresa la talla nobiliaria del Barón de Andilla ni la talla religiosa del padre Cayetano Fernández (dos ilustres fabulistas del altar y el trono), me arriesgaría á intentar dicho *arreglo*, como dicen los «desarregladores» que hoy se estilan.

Por desgracia, carezco del talento de Fernández Bremón, que no tiene perdón de Dios por no haber reunido ya en un volumen sus deliciosas *Fábulas en prosa*. Carezco asimismo del ingenio de Pepe Estremera, cuyos *Cuentos y Fábulas* recomiendo á todo «el que quiera probar cosa buena», y moderna, por añadidura. Así es que á falta de una refundición en toda regla, he de contentarme con indicar que yo señalaría como época de la acción... el día 1.º de Mayo.

¡Han adelantado mucho los ratones!

Ahora no piensan las honradas masas de Ratópolis en poner el cascabel al gato. Eso es cosa rancia; *vieux jeu*, como dice Pío Gullón para asombrar á los electores de Astorga. Lo que quieren, piden é intentan los ratones, no es adornar al gato con cascabeles, sino comérselo al natural.

Para una empresa así, cuente Ratópolis con mi modesto concurso, siempre y cuando se me garanticen ciertas probabilidades de buen éxito. Sin apoyarme en Carlos Marx, ni en Lasalle, ni siquiera en Julio Guesde, me declaro ratón convicto y confeso, que aunque no gusta de la carne de gato, la comerá cuando sea menester, porque es preferible comer á ser comido.

—¡Horror!—dirán á dúo el Micifúz burgués

y el Zapirón capitalista;—¿y va V. á defender en EL CASCABEL esos principios abominables?

El gato que en vez de liebre se nos está dando en las ciencias, las artes, las letras, la política, etc., etc., es tan desagradable al paladar y tan indigesto para el estómago, que no hay forma de hincarle el diente, como se lo hincáramos, si pudiéramos, á otra clase de «gatos».

De lo que se trata, precisamente, es de que no nos den gato por liebre; y en tal sentido, pueden tranquilizarse, no sólo el Zapirón capitalista y el Micifúz burgués, sino hasta la Zapauilda literata y el Marramaquíiz artista... Aquí—que yo sepa—no se va á devorar á nadie; no por nada, sino por falta de tragaderas.

Y como por otra parte, ya he dicho más arriba que lo de poner el cascabel al gato me parece tarea harto anticuada y primitiva, resulta que no pueden ser más inocentes los propósitos que me permito atribuir á EL CASCABEL.

—¿Es decir—me interrumpirá algún lector—que lo deja V. reducido á su humilde condición de sonaja?

Sonaja... sonaja...

Con que sea una sonaja regocijada y alegre, de limpio y claro repiqueteo, como lo fué en manos de Frontaura—á quien me complazco en rendir cariñoso tributo de respeto y simpatía—pueden darse por contentos los que sacan nuevamente á luz este *artefacto*, como diría Rojo Arias, que yacía olvidado

del salón en el ángulo obscuro.

No faltarán «manos de nieve» que le arranquen las notas que duermen en él. Yo, con presentarles á Vds. este chirimbolo—bastante más sencillo y barato que los famosos de D. Juan Valera—cumpla, por hoy, con mi misión de cronista.

Más adelante... *lo que fuere, sonará.*

MARIANO DE CÁVIA.

CASCABELADA

Largo tiempo triste y mudo,
hoy, ansiando nuevas glorias,
enristras lanza y escudo.

¡CASCABEL, yo te saludo
por tus antiguas victorias!

Vuelve, adalid esforzado,
por el nombre conquistado.

¡Suena, CASCABEL valiente,

que Madrid entero siente
el tiempo que no has sonado!

Alza tu noble bandera
y nuevos triunfos procura
en lucha franca y sincera,
que hace ya tiempo te espera
la buena literatura.

Tira sin vacilación
muchas resmas de papel,
que ya *el gato* en su rincón
está esperando *el ratón*
que le ponga *el cascabel*.

Hoy, que á nueva vida sales,
pelea con arrogancia
en combates desiguales,
que hay amigos de tu infancia
que recuerdan lo que vales.

Guerra al *chantage* imprudente;
destierra el grosero insulto,
y haz sonreír á la gente,
con el epigrama culto
y la sátira decente.

Contra turba chavacana
y contra necio burdel,
resuena fuerte y con gana.
¡Que te tomen por campana
aunque seas *cascabel*!

¡Sirve de carabinero
del Arte, una vez siquiera,
y que el autor matutero
no pase por la frontera
el contrabando extranjero!
¡No perdones galicismo
ni tolere solecismo,
y de la escuela moderna
destierra *el naturalismo*
de lupanar y taberna!

Su hermosa lengua olvidando
España está desbarrando:
¡Saca tú el modelo á flote!
¡Publica de vez en cuando
capítulos del *Quijote*!

De poetastros criminales
corrige abusos fatales.
¡Dales gratis *La Araucana*,
y así aprenderán mañana
lo que son octavas reales!

A esos actores oscuros
que hoy tanto lustre se dan,
diles con datos seguros
que Latorre y que Guzmán
nunca ganaron *diez duros*.

Corta otro patrón social:
Da lo justo á cada cual,
y porque el decoro venza,
abre *cursos* de vergüenza
y *repasos* de moral.

Si por tu cuenta lo tomas,
aunque á los necios enfades,

palo, á ver si los deslomas.
Así, entre veras y bromas
suenan mejor las verdades.

Dormido sobre el laurel,
no despiertes hoy en vano
y moja la pluma en hiel.
¡Salud y venga esa mano,
mi querido CASCABEL!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

SERMÓN PERDIDO

Quieres casarte, Sofía,
y eso es muy bueno y muy santo;
mas no hay que apurarse tanto
por ir á la Vicaría.

Porque sabe ya cualquiera,
que á lugar tan lisonjero,
no suele llegar primero
la que marcha más ligera.

Hay que andar, pero con tino,
y pisar sobre seguro,
porque es muy triste y muy duro
equivocar el camino.

Y es muy fácil además;
y ten presente, Sofía,
que la que le pierde un día
no puede volverse atrás.

¡Cuántas quisieran volver!
Todas las que erraron, todas...
¡Y se harían muchas bodas
que no se pueden hacer!

Acuérdate de Dolores.
¡Cómo la amaba Perico!
¿Le has olvidado? Aquel chico
Teniente de cazadores.

Moyido por la pasión,
se fué á América á buscar
lo que busca un militar:
una estrella y un galón.

Ella juró serle fiel
y esperarle eternamente,
y á la semana siguiente
ya no se acordaba de él.

La pretendió un Ingeniero,
y aceptó con alegría;
porque con éste, decía,
me podré casar primero.

Pero el hombre era casado,
y se supo pronto; y ella
maldijo su mala estrella
y sonrió á un Abogado.

Sólo que esto duró poco;
y todavía amó luego,
á un Profesor medio ciego
y á un poeta medio loco.

Entre tanto llegó el fiel
amante, lleno de afán;
pero no de Capitán;
no, hija, no, de Coronel.

Mas no buscó ya á Dolores;
pues sus desvíos pasados,
tal vez por inesperados,
le parecieron mayores.

Y ella, triste y apenada,
y sin lograr su deseo,
hoy cuando le ve en paseo
se pone muy colorada.

Saca tú el fruto, Sofía,
de esta historia verdadera...
¡Por ir Lola tan ligera
no ha llegado todavía!

EUSEBIO SIERRA.

LA MANTELETA

—Trini, no me gusta que don Aniceto te obsequie con patatas fritas. Trini, tú no sabes que la mujer se empaña como el cristal, y el día que tu primo se entere de lo que está pasando en esta casa, vamos á tener un disgusto.

—¡Pero, mamá! ¿Cómo quiere V. que evite esas galanterías? Don Aniceto me trata con cierta consideración, y yo no debo desairarle.

Así hablaba la bella Trinidad, cierta mañana del mes de Febrero, mientras su madre, la íntegra doña Micaela, lavaba una lechuga para el almuerzo.

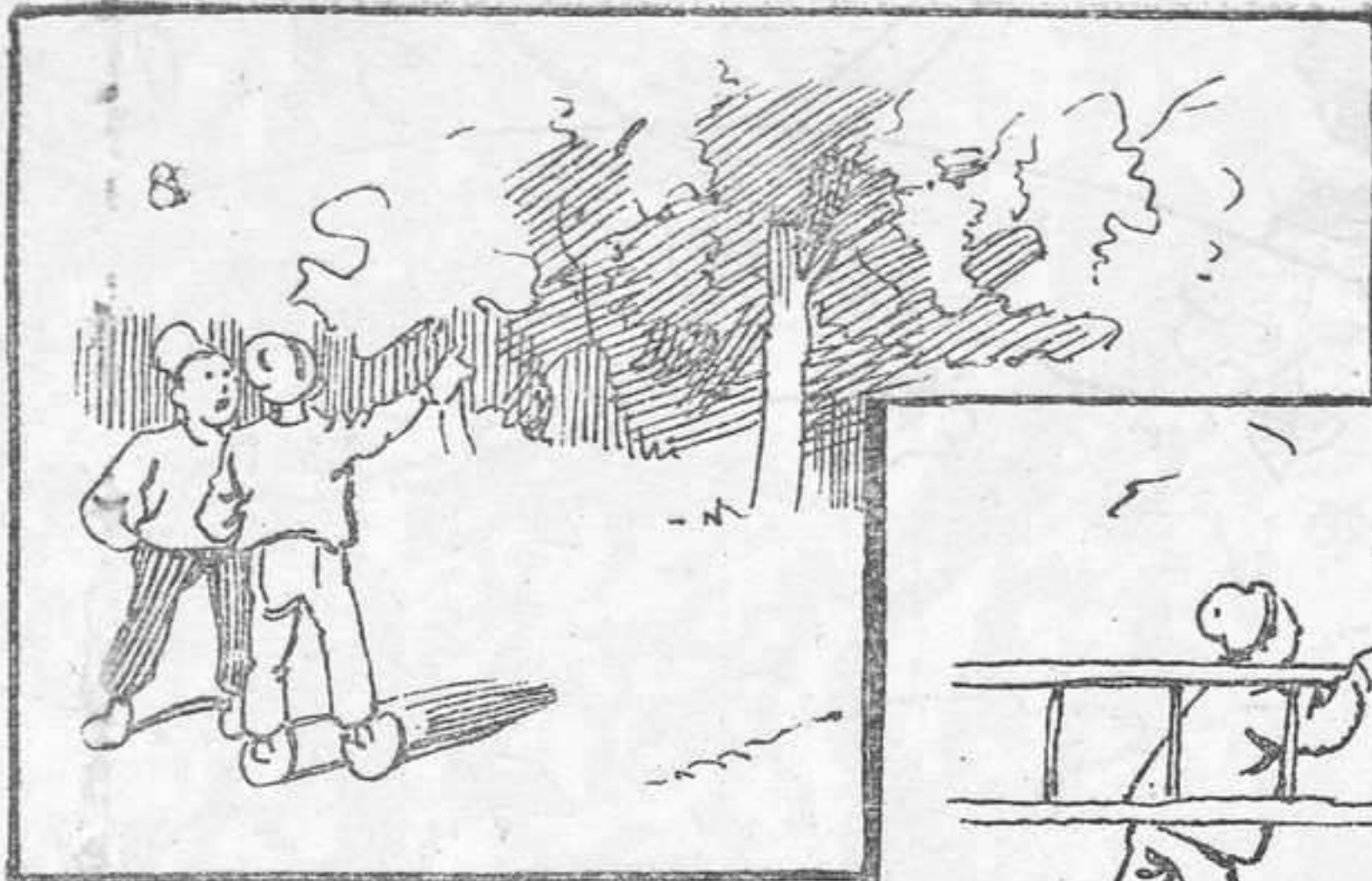
Era doña Micaela una viuda de exagerados principios morales, que para atender á su sostenimiento y el de su hija cedía una habitación á un caballero solo, con asistencia ó sin ella.

Trinidad compartía con su madre las penosas tareas de la casa de huéspedes, porque decía doña Micaela, y decía bien, que una chica debe saber tocar el piano y guisar el bacalao á la vizcaina; traducir el francés y zurcir la ropa blanca; pintar al óleo y fregar la loza.

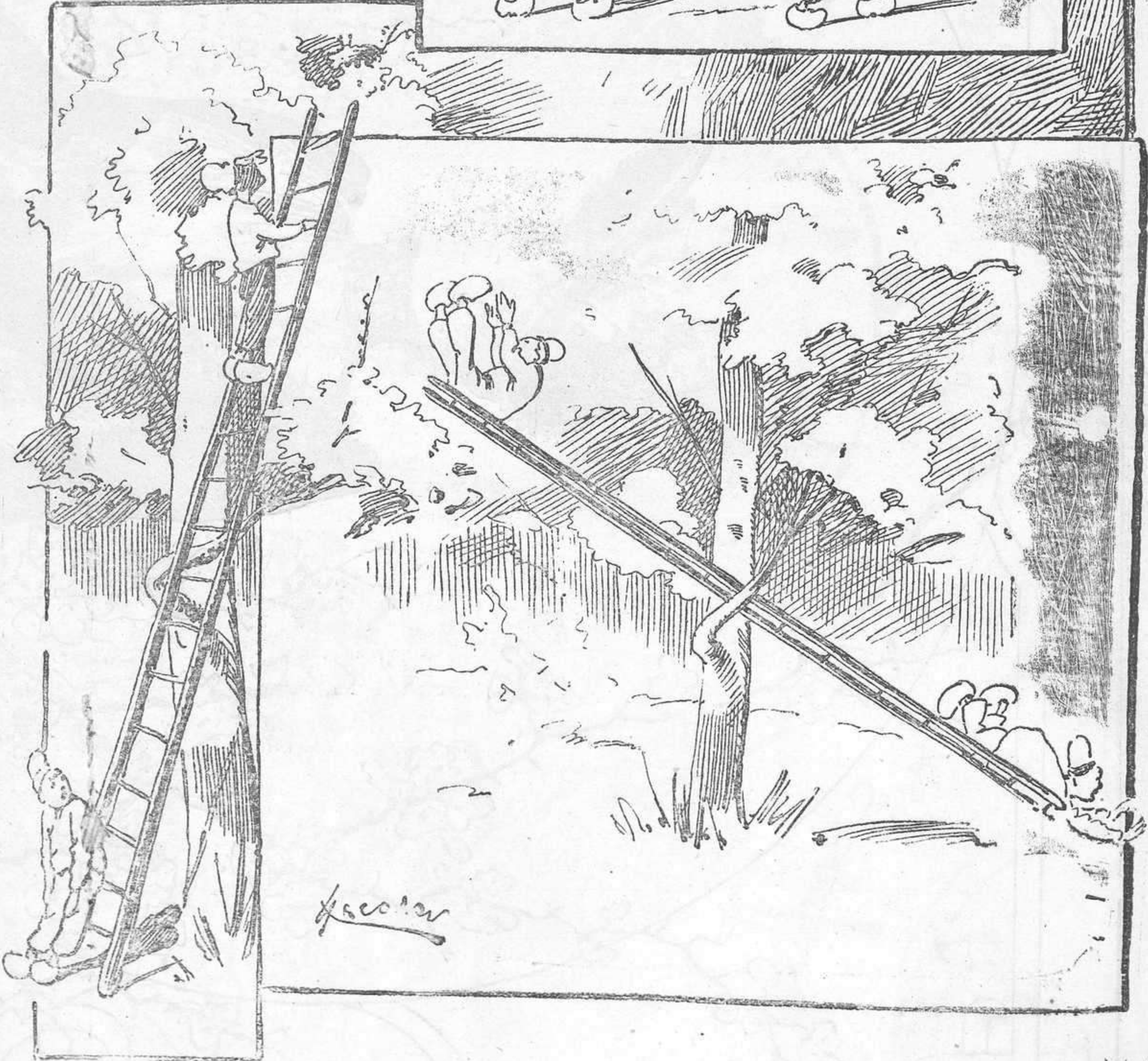
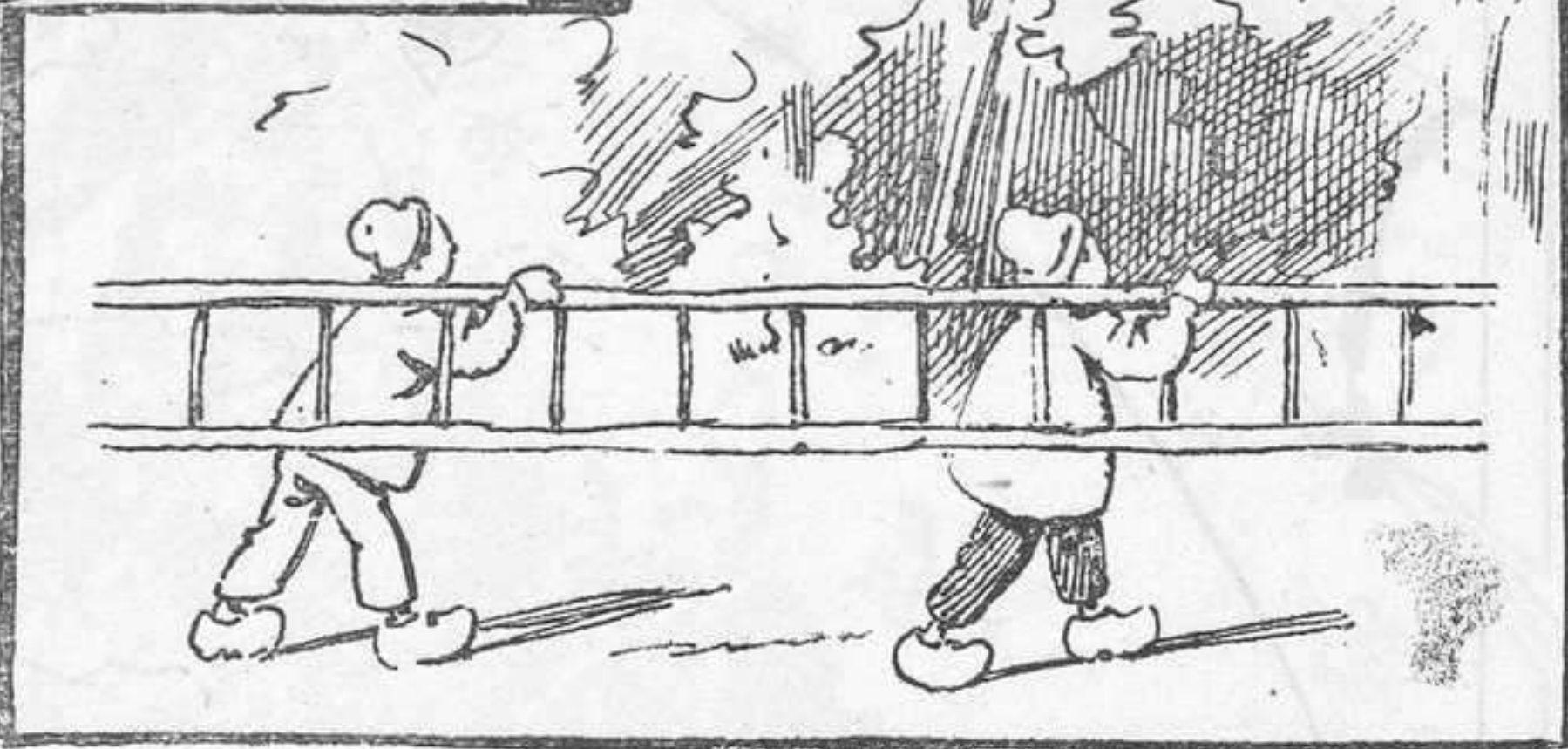
Trinidad, sin embargo, prefería á estos vulgares entretenimientos, la lectura de todas cuantas poesías amorosas caían en sus manos, y cada vez que veía un título altisonante, como por ejemplo: *Mis deliquios*, ó *Remordimiento y sopor*, etc., etc., la chica suspiraba hondamente y echaba en olvido que había puesto las planchas en la lumbre, ó que no había dado vuelta á las patatas fritas.

Doña Micaela veía con buenos ojos la noble aspiración de su sobrino Celedonio á la mano de Trinidad. Celedonio era un buen muchacho, trabajador y formal, que desempeñaba la plaza de Oficial segundo en una Escribanía y tocaba la flauta de afición; pero á Trinidad no le halagaba la idea de unir su suerte á la de Celedonio, y más de una vez había dicho á su madre:

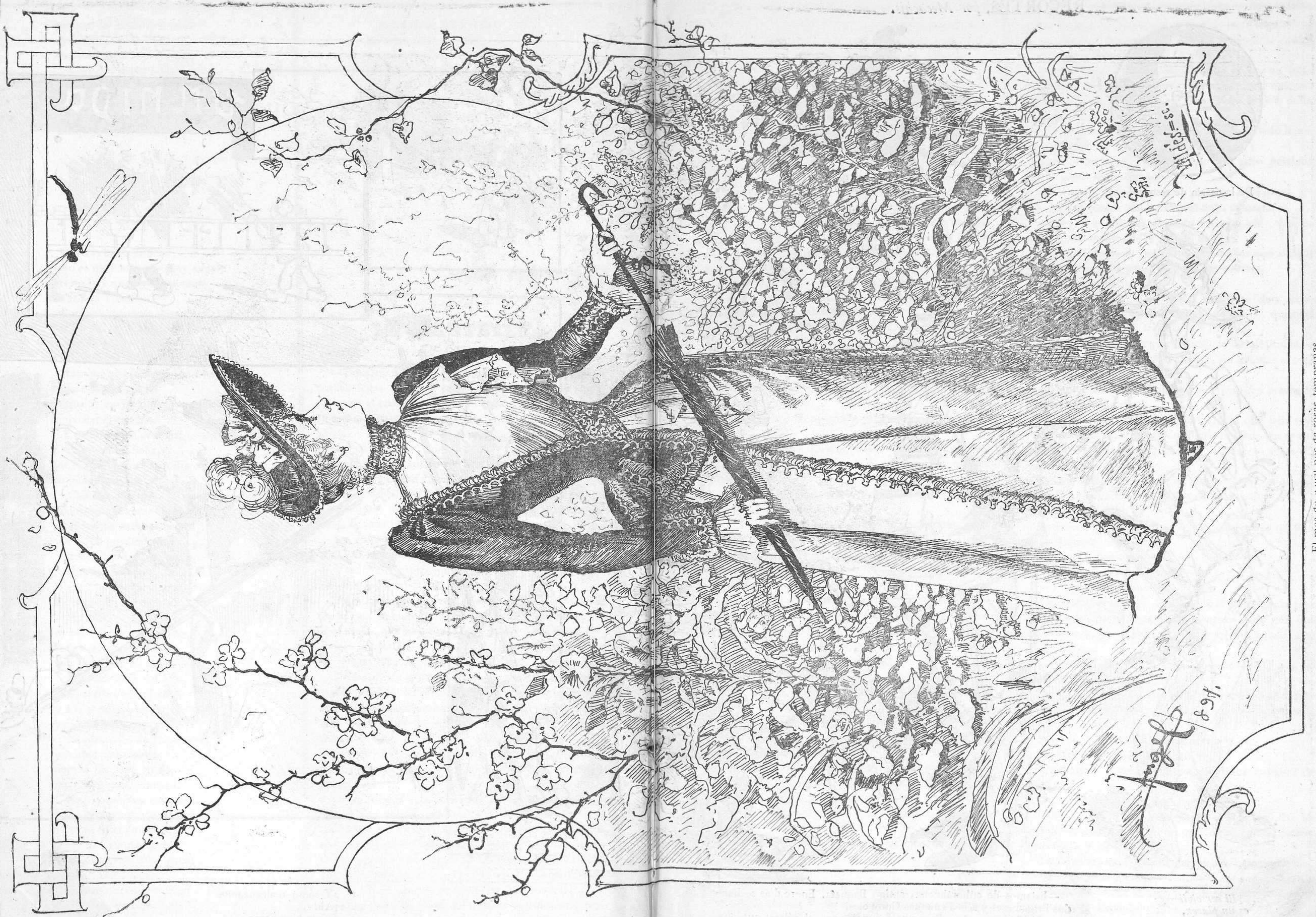
—Yo, como hija obediente, sabré sacrificarme; pero



UNIDO



- 1 ¿Y cómo lo alcanzamos
- 2 ¡Ah!...
- 3 Sujeta bien abajo.
- 4 ¡¡Oh!!...

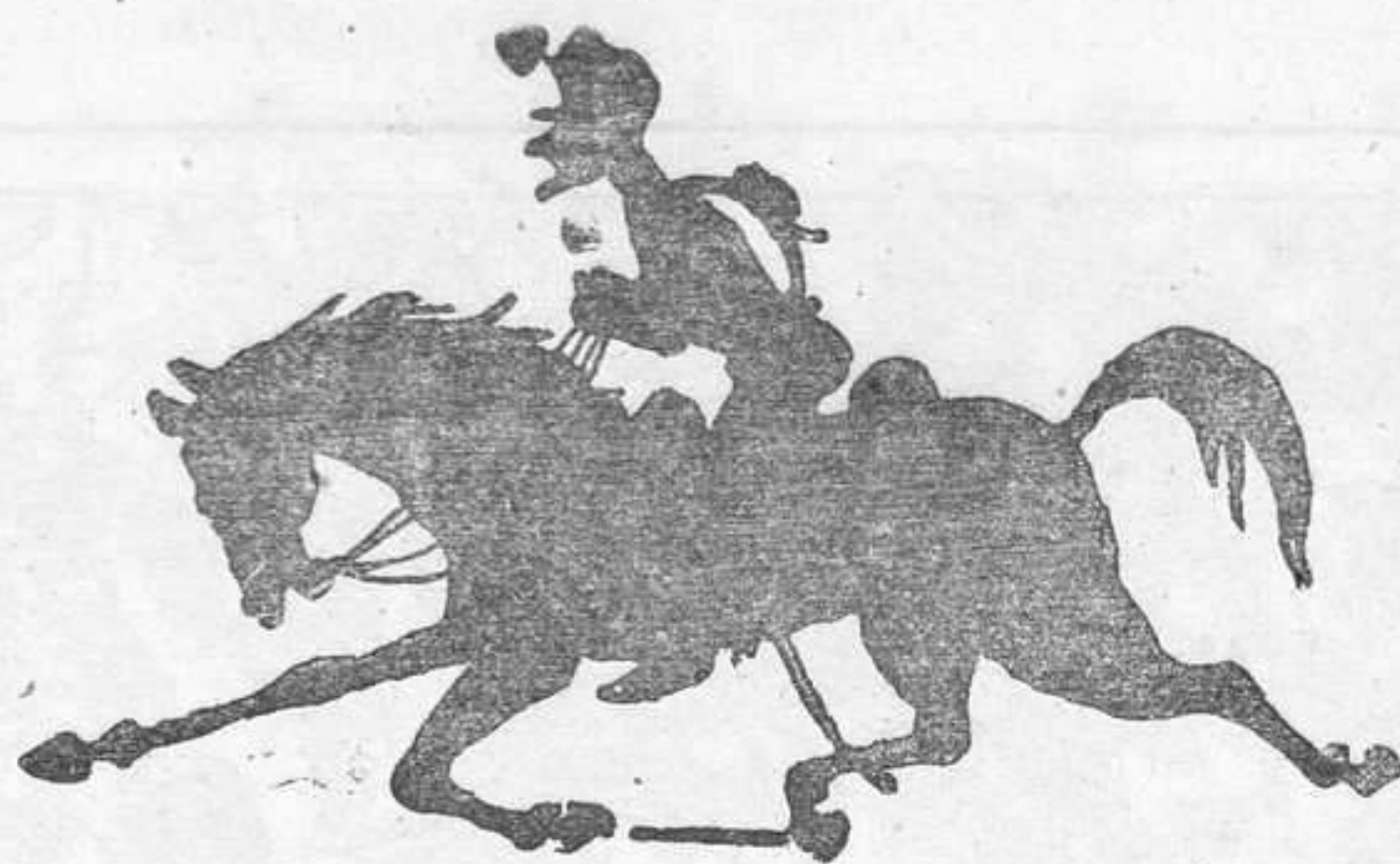


El mes de abril nos da rosas tempranas que para no perder su lozanía, han de sacarse al sol por las mañanas y regarse dos veces cada día.

RECORTES, por Mecachis.



De la escala de reserva.



Luciendo el uniforme se pasa el día.
¡Por donde les da á algunos la tontería!



El ser civil es un placer, siempre que no haya nada que hacer.



—Estamos de enhorabuena, amigo Baqueta. En 10 días se han muerto dos Brigadieres y seis Tenientes Coronales.
—¡Pish! algo es algo. Pero nos fué mejor con el cólera: entences sí que caían como moscas. ¡Como que subí 200 puestos en el escalafón!

Celedonio no es mi tipo. Usa unas americanas inverosímiles; además tiene la cara llena de espinillas, y va siempre pisándose las cintas de los calzoncillos. Es un ser prosaico y erisipeloso.

Doña Micaela, entretanto, decía para sí:

—Mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una majadera, lo mismo que su padre que esté en gloria.

Era Aniceto un soñador de alma impresionable y espíritu mercantil, que hacía compatible el comercio de badanas con las *Rimas* de Bécquer, y lo mismo extendía una factura de venta, como cantaba el *Spirto gentil* acompañándose con la guitarra; y con igual entusiasmo recorría las casas de sus parroquianos para ofrecerles chagrín ó cabritilla, que empuñaba la peñola y escribía una oda «Al Sol» ó «A los ojos de una cubana casada en segundas nupcias con un Registrador de la propiedad».

Había fijado su residencia en Madrid, eligiendo la casa de doña Micaela, donde por un precio módico obtenía todas las comodidades posibles.

—Doña Micaela, V. es mi madre,—exclamaba Aniceto mientras la excelente patrona le ponía una cataplasma de harina de linaza sobre un flemón que le había brotado en el carrillo derecho.

Trinidad contemplaba á Aniceto desde uno de los ángulos del gabinete.

—¿Le duele á V. mucho?—preguntó con acento cariñoso.

—¡Ay, sí!—dijo él.—He pasado una noche horrible. La idea del suicidio cruzó más de una vez por mi imaginación.

—¡El suicidio!—exclamó Trinidad cubriéndose el rostro con las manos.

—Vamos, don Aniceto, no diga V. disparates,—añadió doña Micaela.

—Vivo muy contrariado,—siguió diciendo el joven.—Se me ha salseado una pieza de becerro francés; tengo el alma lacerada. ¡Sufro mucho!

Trinidad, al escuchar estas palabras, sintió que la sangre afluía á su cabeza y que su corazón latía con precipitación extraordinaria, y dijo para sí:

—No hay duda; don Aniceto me ha mirado amorosamente...; don Aniceto sufre por mí.

Y desde aquel día comenzó á tratar á Celedonio con marcado desvío y á dirigir miradas incandescentes á Aniceto.

Así pasaron dos meses.

Una noche Trinidad adoptó una de sus actitudes más dramáticas, y dijo á su madre:

—Esto no puede seguir así. Celedonio tiene cara de Presbítero, y yo no puedo amarle; en cambio don Aniceto me parece más hermoso cada día.

—¡Pero, criatura!—objetó doña Micaela.—¿Te ha dicho algo?

—No, porque es tímido; pero sus ojos tienen una elocuencia arrebatadora.

—Yo no noto nada.

—Fíjese V. en aquellos ojos rasgados que se posan en los míos; acuérdesse V. de sus atenciones para conmigo.

Antes de ayer cuando cenaba me dió una acelga en su propio tenedor. Siempre que me ve barriendo el pasillo suspira sin poderlo remediar.

Aniceto llegó á la casa de huéspedes con un rollo de badana debajo del brazo; pidió la cena; después dejó la badana; se vistió con esmero, y dijo á doña Micaela:

—Señora: he pensado en la necesidad que todo hombre siente de constituir una familia.

—¡Ah!—exclamó Trinidad, que oía estas palabras oculta detrás de la cómoda.

—Ya no soy un niño y estoy resuelto á casarme.

—No me parece mal—contestó doña Micaela.

—Pues bien—siguió diciendo Aniceto,—V., que es mi segunda madre, debe saberlo todo...

Trinidad, desde su escondite, elevaba los ojos al cielo y se apoyaba en la pared para no desmayarse.

Aniceto siguió diciendo:

—Quiero regalar á mi futura una manteleta como símbolo de mi felicidad, y deseo que sea V. quien la compre. Ahí tiene V. tres duros y medio.

—¡Es particular!—se quedó diciendo doña Micaela.—He aquí un hombre que va á casarse, sin solicitar el consentimiento de su futura suegra.

En aquel momento, Trinidad se arrojaba en brazos de su madre diciendo:

—¡Todo lo he oído! ¡Ay mamita mía, qué feliz soy!

Aquella noche, el pobre Celedonio fué llamado aparte por doña Micaela, quien, haciendo un esfuerzo supremo, le habló así:

—Hijo mío; Trinidad se ha encerrado en su alcoba, porque no tiene valor para afrontar tu mirada.

—¿Qué sucede?

—Sucede que don Aniceto quiere casarse con mi hija.

—¿Cómo?

—No te sofoques, Celedonio.

—¿Pero ella se habrá negado?

—Ella accede gustosa...

Celedonio se levantó, y cogiendo el sombrero se puso á morderle con desesperación. Después miró con ojos de pantera herida á doña Micaela, y salió de aquella casa diciendo:

—¡Pérfida, infame! ¡Permita Dios que todo lo que comáis se os vuelva tinta!

Trinidad lanzó una carcajada, y se puso á contemplar la hermosa manteleta comprada momentos antes en la calle de Toledo.

Sonó la campanilla de la escalera.

—¿Será él?—pensó Trinidad.

Era Aniceto, efectivamente, que entraba radiante de alegría.

Doña Micaela salió á su encuentro.

—Aquí tiene V. la manteleta que me encargó. No he podido sacarla menos de los tres duros y dos reales; pero fíjese V. en el género.

Trinidad miraba á Aniceto con ojos de besugo pasado, como si quisiera decirle:

—Estrecha contra tu seno á tu mujercita; basta ya de silencio y de disimulo.

—Gracias, doña Micaela—dijo Aniceto;—y ahora voy á pedir á V. un nuevo favor.

—Todo lo que V. quiera.

—Que remita V. la manteleta á casa de mi futura, calle del Gato, 5, tercero.

Trinidad abrió los ojos con espanto; después lanzó un ¡ay! terrible y cayó desmayada en brazos de doña Micaela.

LUIS TABOADA.

GREGORIA, LA PORTERA

I

La enseñaron sus padres, siendo muchacha,
á tener con buen filo su lengua de hacha;
y una vez con el grado de bachillera,
salió que ni pintada para portera.
Pescó una portería de buena casa,
y al mes de estar en ella (parece guasa)
ya decía de Pura, la del tercero,
que si hablaba ó no hablaba con el casero,
sólo porque una noche de primavera
los sorprendió abrazados en la escalera.
En cuanto á doña Paca, la del segundo,
decía que era *amiga* de un tal Facundo,
aparte, por supuesto, de un compromiso
que tenía con uno del cuarto piso.
De otro pobre inquilino del sotabanco,
que á pesar de ser cojo tenía estanco,
dijo horrores la bruta de la portera,
respecto del motivo de la cojera.
En fin, cuanto veía, lo comentaba,
y hasta dormida dicen que murmuraba;
no habiendo ya vecino de limpia historia
para el pico endiablado de la Gregoria.

II

Un día la *lechuza* plegó sus alas,
que también las porteras se ponen malas.
Reclamó la asistencia de un doctorcillo
que vivía en la casa y era muy pillo;
y el doctor, que tenía cara de perro,
encargó que á la enferma la diesen hierro.
«¿Tomaré el hierro en polvo? ¿Traeré jarabe?»
(preguntó la portera, viéndose grave.)
«¿Qué hierro me conviene? Dígalo pronto.»
Y contestó el Galeno (que no era tonto):
«¿Que qué hierro la mando? Pues el siguiente:
Un candado en la boca perpetuamente.»
Aunque tal obediencia parezca un mito,
la portera se puso su candadito;
mas vivió silenciosa muy pocos días
y murió de nostalgia de habladurías.

III

En tanto que la casa quedó en la gloria,
Botero á sus calderas llamó á Gregoria;
mas como ésta en el mundo dejó el candado,
y en el infierno consta su desenfado,
está mejor que quiere, pues no hay caldera
donde admitan el alma de la portera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL MEJOR ALCALDE

Por ser un hombre de bien,
pundonoroso y honrado,
dieron á don Blas Hurtado
la Alcaldía de Belén.

Y cuando supo don Blas
que su Ayuntamiento era
una inmunda gazapera,
(como todos los demás),
dió á las reformas principio
repartiendo sendos lapos,
que ahuyentasen los gazapos
que anidaba el Municipio.

* * *

Y averiguó que un edil,
Regidor del Matadero,
era el más hábil torero
de la chusma concejil,
pues, una vez descubiertas
las mañas del Regidor,
vió don Blas que aquel señor
capeaba reses muertas.

* * *

Supo que otro Concejal,
de tan limpio se jactaba,
que la inmundicia sacaba
de toda la capital;
y aunque había en su riqueza
más lunares que en la luna,
pudo labrar su fortuna
con muchísima *limpieza*.

* * *

Vió á otro edil que presumía
de hombre tan recto y de bien,
que daba un corte á cercén
al árbol que se torcía,
vendiéndole á un carbonero
los despojos de la tala,
porque así la leña mala
producía buen dinero.

* * *

Vió que muchos Concejales
iban siguiendo la pista
á todo contrabandista
por aquellos arrabales;
mas con tal fatalidad,
que los cacos siempre huían,
y los ediles volvían
con matute á la ciudad.

*
*
*

Como por fin le dijeran
que los míseros porteros
vivían como banqueros
cobrando como quien eran,
preguntó distintas veces
la razón del gatuperio,
y supo que era el misterio
de los panes y... los peces.

Cuando vió don Blas Hurtado
que era tan profundo el mal,
que no había Concejal
que no estuviese manchado,
anunció que no quería
ser Alcalde de Belén
mientras los hombres de bien
no fuesen á la Alcaldía.

.....
.....

La consecuencia es tan clara
que no debo decir más.
Ya supondréis que don Blas
no volvió á empuñar la vara.

RAFAEL TORROMÉ.



El hombre es débil.
Y EL CASCABEL también.

No puede resistir á la tentación de dirigir un *gracioso saludo* á la prensa, al público, al Gobierno constituido y á toda la raza latina.

Si no lo hiciera así, quedaría como un cascabel criado en malos pañales.

*
*
*

Y á propósito de debilidades.

El Administrador de EL CASCABEL tuvo la idea de cobrar por la suscripción 8 pesetas anuales, regalando las tapas en tela á los señores suscriptores.

Después ha creído mejor rebajar los precios y que compre las tapas el que quiera.

Porque lo primero es la libertad individual.

Y lo segundo la libertad de tapas.

*
*
*

Noticia importantísima que devolverá la tranquilidad perdida á muchas familias:

«Después de la Pascua, tomarán la almohada varias señoras de Grandes de España.»

Bueno; ¿y la tomarán por asalto, ó con chocolate?

Porque en cualquier caso, ¿sería conveniente...

Pero no, no conviene acabar la pregunta. ¡Corramos un velo sobre las almohadas!

*
*
*

Leo en un diario de esta M. I. Villa:

«El mar ha arrojado á las inmediaciones de la Isla de Jaraco el cadáver de un tripulante del laúd Luisa, joven de 14 años.»

¡Vaya, vaya, vaya!

¿Con que Luisa, joven de 14 años, y ya tenía tripulantes?

¡Cómo está la sociedad!

*
*
*

De pitón á pitón se titula el libro que acaba de publicarse, escrito por *Sobaquillo*, con prólogo de Mariano de Cavia.

Con honda pena—por lo mucho que pierde la nunca bien ponderada fiesta nacional—he de hacer presente, que *De pitón á pitón* no es una obra taurina, sino una colección de artículos, con motivos de las corridas de toros, en cuyos artículos pone de manifiesto el autor su ilustración vastísima, su ingenio chispeante y su espíritu observador y satírico.

Únase á esto la forma, que es fácil, correcta, llena de frases intencionadas, de conceptos expresivos, y de animadas escenas, interpretadas fielmente por el notable dibujante Angel Pons, y comprenderán Vds. ¡oh lectores! que el libro debe saborearlo con fruición todo buen aficionado á la literatura culta y amena.

De pitón á pitón vale 3.500 pesetas. Sin embargo, se vende á 3'50, porque el autor le quitó modestamente un cero.

¡Cosas de Sobaquillo!



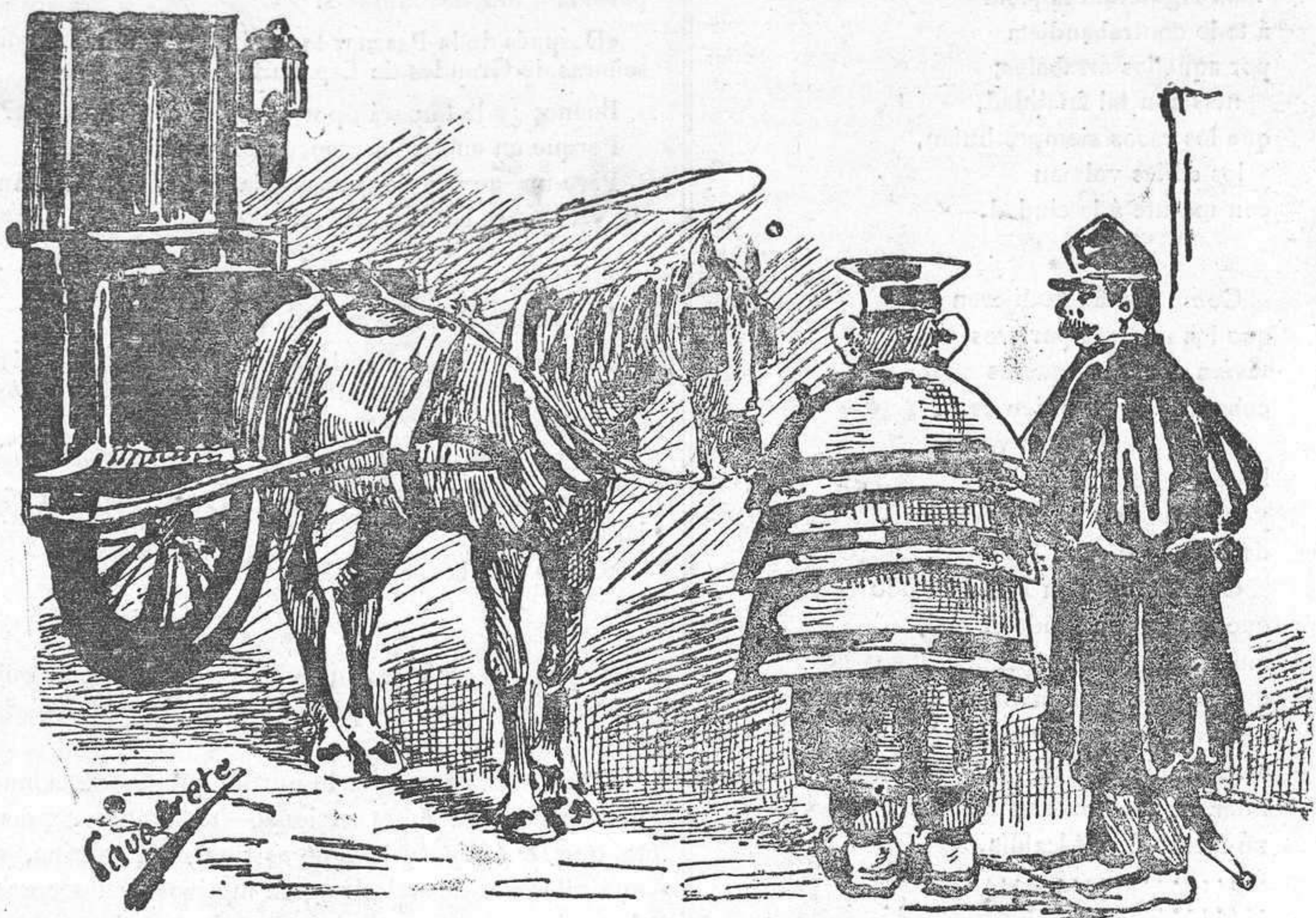
A. D.—¿Estás en tu juicio? ¡Si eso no tiene fondo, ni forma, ni arte, ni corazón!

Sr. D. J. M.—Vea V. la advertencia que en la sección de *Cascabelitos* se hace. Tiene á su disposición los 50 céntimos sobrantes.

Sr. D. R. E.—Barcelona.—Recibí las planas. Escribiré.

K. K. *usé*.—Te reconozco en la rima. No vale ni para papel viejo.

FILOSOFÍA



—Mira, Felipe, no me digas que pegue al caballo; todos *semos* hijos de Dios, y nadie puede asegurar cuál es más animal de los tres que estamos aquí.

ANUNCIOS

EL CASCABEL SEMENARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado é ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.
Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 12.

PRECIOS DE VENTA

Número suelto ó atrasado, 10 céntimos.
A vendedores y corresponsales, 6 céntimos.
No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de San Isidro, núm. 6 duplicado
(TELÉFONO NÚM. 473)

PUNTO CENTRAL DE SUSCRIPCIÓN
LIBRERÍA DE D. FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2

EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE LA

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA

SE TRASLADA DE LA

PLAZA DE LA PAJA, 7,

Á LA

CALLE DE SAN ISIDRO, 6 DUPLICADO

Se hacen toda clase de impresiones á precios módicos, con prontitud y esmero.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores de la Real Casa,
calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.